

SOBRE LA DENOMINACION DE CANGILON Y SU SIGNIFICADO ETNOLOGICO

El pasado diez de diciembre, casi al borde de la Navidad, el Museo de Tradiciones y Artes Populares de la región murciana (etnológico de la huerta), se vistió de gala, precisamente como consecuencia de ser presentada la primera REVISTA de carácter etnológico, que a la sazón se publica en la región, dentro del Museo y con un fin exclusivamente divulgador de nuestras cosas y costumbres, de lo que nos identifica, de lo «nuestro» regional. El nombre de la revista que esperamos sea eficaz y posea una larga vida, como vehículo de revitalización del Museo, que en realidad ha venido conllevando una vida pauperina en recopilación de objetos y ampliación, pues de ello da cuenta el mismo Emili Sempere, en su reciente publicada obra: *Ruta por los Alfares*» (1982), donde en su página 134, señala con referencia al Museo unas palabras que lo sitúan en unas circunstancias vidriosas y de depresión, a las que nosotros, por nuestra parte intentaremos mejorar, ya que el Museo huertano, de tradiciones y artes populares ha de ser emporio de una riqueza que de carácter a nuestra identidad regional pero sus palabras las plasmó tal como se escriben en tan interesante y útil obra... «El Museo Municipal Etnológico de la «Huerta Murciana», que venimos frecuentando desde su fundación en 1968 (la fecha es falsa, ya que se funda en 1966). Está situado en un marco ideal, pero desgraciadamente no mejora con nuevas adquisiciones de material, sino que ha ido degradándose y, de no cambiar, acabará por dar una imagen errónea de la cultura popular...»¹.

Realmente nuestra intención es que la cultura popular de nuestra región, conectada a la singladura de un folklore típico y ajustado a sus ancestros, sirva de testimonio y que nuestro museo refleje la catadura, la lógica de ese ser que es base, culminación, ejemplo, sincronización y deleite, que sirva como sustancia de algo que fue y queda en la documentación de aquello que nos pertenece y que nos han legado nuestros antepasados.

Por eso la denominación que posee la Revista que nace, es como el relleno de esa laguna que hay que justificar, mediante el testimonio de los

1. La obra del autor citado es importante en su versión del fuego y el arte que de él dimana, aspectos que estudia en un itinerario amplio por regiones españolas y portuguesas. Se refiere a esta industria de Totana, a la que nosotros en algún trabajo ligero hemos tocado y que recoge D. Jorge Aragonés en su preciosa Guía sobre este Museo. En cuanto a la degradación que aduce del museo huertano tenemos que combatirle desde que en el año 1982, la Corporación de Alcantarilla y esta dirección, intenta prestarle ese carácter profundizando en la imagen popular, en esa cultura y en la ubicación en el mismo de palpitaciones que tengan vida propia, con la participación popular y con la entrega de nuevas dimensiones y estudios bibliográficos. Lo estamos intentando y creo que la frase del Sr. Sempere, puede estar en desuso si se diera una vuelta por nuestro recinto etnológico, en la actualidad.

usos, costumbres, objetos, denominaciones que se han tratado perfectamente, casi en la peculiaridad original en su completa tesis², cuyas voces y frases proceden en la mayoría del arabismo, pues basta con recorrer la huerta, sus denominaciones, hundirse en sus restos del pasado, en la etimología de sus palabras, en los aspectos dialectológicos..., rasgar el velo de sus estimaciones más singulares, para darse cuenta de ello, sin perjuicio de otros aspectos semánticos que provienen del latín, acaso entre otros, el relacionado con el que nos sirve de referencia y así mismo de núcleo fundamental para la versión que ostenta, pues al parecer, que de esto caben posturas, ya que es opinión que Cangilón procede de congium, en versión de medida de líquido, y el mismo Larousse incide en este sentido, al afirmar al respecto: «Cada una de las vasijas de barro o metal, atadas a la maroma de las norias».

El uso va unido a la medida que contiene el líquido sustancial, el continente que apoya su corporeidad en un sucinto espacio, que desde la perspectiva del labriego, del huertano avecindado en una cultura arcaica, si entendemos ello en tesis de Lewis Mumford³, sin menoscabar el tema de O. Spengler, en una etapa bucólica desaparecida, cuando las etnias se confortaban con el deleite de la naturaleza; pues medidas para valorar las utilizaciones del agua, el elemento básico de la tierra, el agua que es de Dios y pertenece a la tierra, al labriego, como decía el aforismo musulmán, por aquello de que en cada «tierra su uso y en cada casa su costumbre», que las Ordenanzas huertanas, mensurables en un tiempo apergaminado a través de usos y perfiles que llevan insitos su establecimiento preciso, en el terruño, en la huerta que apiña tradiciones, borda barrocas elocuencias en sus meranchos, y en los molinos que regolgan el agua, siempre el agua en la tanda, necesaria, entandamiento, utilización de horas de agua que el labrador necesita y por cuya adquisición lucha y hasta es capaz de combatir con todas sus fuerzas⁴. Es que el agua es su sustento, la raíz, la que le da vida a la tierra, desde la que el huertano trabaja, casi no vive, el más joven se marcha, huye de su hábitat para encajarse en otro tipo de trabajo, generalmente la fábrica, mediante un trabajo rutinario, porque la huerta de su amor apenas si le deja la renta adecuada a una nueva forma de vida. Sólo el más anciano, el labrador viejo queda apretado a su tiempo, de sol a sol, templando el arca de sus meditaciones en torno a las acequias que mira

2. Vocabulario del dialecto murciano. García Soriano. 1980.

3. Civilización y Técnica.

4. Nosotros, en nuestra esfera profesional, nos hemos encontrado con labradores que utilizan horas de agua, tandas en horas determinadas, que adquieren por pujas a la llana, a veces por otros medios a través del heredamiento de aguas y de sus ordenanzas, luchan por tomar esas horas y las pagan a precios considerables, para enfocar su vida en formas más aptas a su edad, sobre todo cuando el labrador ha de levantarse a altas horas de la madrugada para poder utilizar su hora de agua.

y remira, bordea sus quijeros, cierra los tablachos, la deja correr el agua cuando no la necesita, porque es de todos, la encierra en su versículo de vida terráquea para la compenetración de su vida litúrgica. Y el huertano de Murcia, el de Valencia, sostiene en su haber el cúmulo, la vasija que desde el cangilón, a modo de molde o de surco, de caja que ubica una cantidad de líquido fabuloso, más que el oro mismo, le va a encumbrar en el pináculo de su trabajo.

La tanda de agua, la utilización jurídica de un elemento que es su esencia vital, el clan bergsonian, sin el que se degradaría a una vida sin sentido.

Y a tal efecto conforma el estilo de la utilización del líquido elemento, que ya en el medievo estaban los atandadores en nuestra huerta, para vigilar y controlar este derecho en las horas correspondientes, desde el tiempo musulman, cuando se cambiaron las espadas por el arado en esta hermosa tierra. Pues tanto los cristianos como los árabes que merodeaban por este contorno, tenían la necesidad de medir el agua de riego en el tiempo de su uso, para no desmadrarse, lo hacían a través de sistemas litúrgicos y rítmicos, que aún lo siguen haciendo algunos pueblos primitivos, mediante relojes de arena o con vasijas de metal flotantes, con ciertos agujeros, que se ponían en las acequias..., después se contempla la vasija a modo de cajón, cangilón que el huertano primitivo recoge en sus artes de los instrumentos de elevación de agua para riego, a través de las canallillas, principalmente en las formas rústicas de afinamiento con la tierra y aporte del agua, a través de las aceñas y norias, dos formas arcaicas estudiadas últimamente y con origen siriaco... Lo que sucede es que en la huerta su tradición procede del árabe y desde los siglos XV y XVI se expanden como medios hidráulicos más importantes, hasta el industrialismo, en que la presencia del motor ha dado traste a tan bella imagen. La aceña, el aceñero, sus complementos, su estilo, en la huerta y en el campo, como el de Cartagena⁵, dan pie a investigaciones etnológicas de envergadura, que por desgracia se pierden, se cambia el paisaje por otro falto de humanización y de pintoresquismo idílico. La aceña huertana, típica se integra por serie de elementos que solo el artesano conoce, lo que sucede es que esta forma de artesanía, como la de los alfares, viene de padres a hijos, a veces se acaban con ellos, sin solución de continuidad. Lo arcaico, lo ancestral tiene su poso en el acerbo de estos tinglados que son memoria, pasado, circunspecto a algo que le da vida, por medio del alma, de la

5. Por la anchura del campo cartagenero se otean a cada paso, pasar por el paisaje es sentir el gusto, la capacidad de intuir belleza y emoción, como aspecto de la estética, o lo que quiere decir: gozar desde el pasar... (Ortega lo dice), el sentir con la mirada y el tiempo que crea arte en uno mismo... Ese campo agrio y casi apagado, con sus cúmulos de vestigios; integra, aporta notas etnológicas en su versión tipificada de norias junto a molinos de viento que crecen y crecen, hasta en su depauperismo...

esencia humana, vitalista. Lo que es vital es esencial, lo que es útil es básico y vital al mismo tiempo, aunque después, con el tiempo posterior todo se marchite, pero queda el fondo, la nomenclatura, cual la enseña de Cangilón, que se relaciona con el contenido, con el líquido elemento tan natural y jurídicamente sustantivo en el hacer del labriego murciano, valenciano, de la zona mediterránea, como el Lacio es mediterráneo, como la luz levantina tiene su macula de cuenco, de energía pulida en el hacer del artesano, del aceñero que usa de sus piezas maestras, como son el «tercio», la «boquilla», la «albatana», la «tabica», el «espejuelo», el «cabezar», el «tiro», o aquellas otras piezas ubicadas en lugares de su entorno hídrico, a base de madera de pino, cual las «cruces», o el «punto», la pieza «maestra», el «punto contrarueda», «cruces», el «etlbol», «cocote», hasta llegar al «canal», cayendo el agua de las cajoneras o cangilones, con una cabida medida, adecuada a las tandas tan emocionadamente vividas, deseadas y anheladas por el huertano. Lo normal es que la aceña de una determinada medida o palmos, tenga o cuente con once cangilones⁶, movidos por la fuerza de la bestia en un ritmo cargado de emoción y pureza, de rito y energía ínsita en la misma naturaleza.

Cangilón, pues significa el cuenco, el arca del agua que después lanza el agua en el canal, o a las tierras que riega... en este sentido es curioso que la rueda, como artefacto integrante del museo, pieza del siglo XV, que se adapta a lo largo del siglo XX, posee 72 cangilones o vasijas que van continuamente, en el rito de su movimiento, recogiendo y tirando el agua, confirmando la pasión de la misma vida que es un tiempo redondo que gira y sobre sí mismo, en el medio queda la evolución que sitúa la existencia en el punto máximo.

Tal el significado de la voz, del sonido entre latino y arabesco, que retiene algo tan esencial como una parte del versículo de la biblia del huertano, sustancia de su rito, comunión de espíritu y tierra que es el lugar, espacio donde se esconde la meditada presencia del agua. De ahí la fecunda dimensión que retiene la designación de la palabra Cangilón.

Contenido del líquido elemento que exprime el labrador, el ser o no ser...

Pero también la riqueza del otro significado que queremos dar a la revista que nace: recoger y dar, sembrar..., desde lo nuestro...

Fulgencio Saura Mira

6. En la aceña del Museo, construida por el aceñero del Javalí Nuevo, Cayetano González Vicente, que sigue la industria de su padre, sita en la calle del Puente de dicha pedanía, pues hay otra propiedad de Eladio Torres, que creemos son las que quedan por este contorno;

contiene once cangilones y conserva la estructura de la vieja estampa, que era muy utilizada en la zona de Alcantarilla y su entorno, pues es cierto que en otros lugares, rondando pedanías de Beniaján y de la Vega Baja, en donde se da el clásico bombín circular, apenas tiene uso y ni siquiera los huertanos de pura cepa conocen este nombre.

El costo actual de una aceña, de las características que se muestran en nuestro recinto, es de 260.000 pesetas. Se sigue en las costumbres huertanas una especie de documento para contratar la construcción de una aceña, en los siguientes términos «Yo Cayetano González Vicente, me comprometo a instalar una aceña de riego, en el término del Museo de la Huerta de Alcantarilla, siendo madera de pino, carrasco o de álamo y la puntería, morera o albaricoque... Siendo el pozo y justes de cuenta del Ayuntamiento, siendo esta aceña ajustada en...».